

VID SALVIFICA



 José Juan Moya y Martínez, Coordinador

PRELIMINARES

- 9 A MODO DE JUSTIFICACIÓN
- 13 INAUGURACIÓN DE LAS VI JORNADAS NACIONALES DE COFRADÍAS
MEDIEVALES DE LA SANGRE DE CRISTO
José María Sánchez Abril
- 15 PRESENTACIÓN DE VIDAL MUÑOZ
José Antonio Melgares Guerrero

LECTURAS ACADÉMICAS

- 21 VI JORNADAS NACIONALES DE LA SANGRE DE CRISTO EN
CALASPARRA: UN CAMINO HACIA EL SUR
Vidal Muñoz Garrido
- 33 FUENTES DOCUMENTALES PARA LA HISTORIA DE LA COFRADÍA
DE LA SANGRE DE CRISTO Y LA VERA CRUZ DE CALASPARRA.
SIGLOS XVI-XXI
José Juan Moya y Martínez
- 99 UN LAGAR EN ISAIAS. A VUELTAS CON LA VID
Luis Armand Buendía
- 141 LA COFRADÍA DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR
JESUCRISTO, EN LA CIUDAD DE MURCIA. NOTAS SOBRE SU
HISTORIA EN LA EDAD MODERNA
Vicente Montojo Montojo
- 181 EL CRISTO DE LA SANGRE, DE NICOLÁS DE BUSSY. ICONOGRAFÍA
E HISTORIA
Inmaculada Alcántara Sánchez

201 ¿PUEDE UN VIA CRUCIS O UNA PROCESIÓN PASIONARIA SER
UNA VIA PULCHRITUDINIS? RITUAL PASIONARIO, TEOLOGÍA Y
ESTÉTICA

Francisco Henares Díaz

221 LA CAPILLA PRIVATIVA DE LA EXTINTA ARCHICOFRADÍA DE LA
VERA CRUZ Y SANGRE DE CRISTO DE LORCA

Domingo Munuera Rico, y Eduardo Javier Sánchez Abadíe

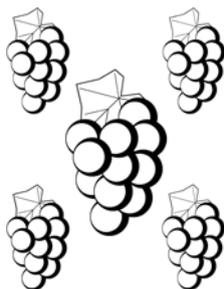
257 SANGRE DE CRISTO Y CRISTO DE LA SANGRE. PLANTEAMIENTOS
ICONOGRÁFICOS EN ESPAÑA Y EUROPA

Luis Luna Moreno

COMUNICACIONES

277 LA COFRADÍA DEL SANTÍSIMO CRISTO DEL CONSUELO DE CIEZA,
HEREDERA DE LA COFRADÍA DE LA SANGRE DE CRISTO

José María Cámara Salmerón



Diseño y maquetación

José Juan Moya y Martínez

Portada

Luis Armand Buendía CIAE (UPV)

sobre un motivo de J. Aldás

© De los textos e imágenes sus autores

© José Juan Moya y Martínez, coordinador

Contacto

Tel. 655118649

Apartado nº 100. 30420 Calasparra

tierrargaria@msn.com

Edita

Antigua y Venerable Cofradía de la Sangre de Cristo

y la Vera Cruz de Calasparra

Depósito legal: M-52823-2010

ISBN: 978-84-614-6038-0

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, incluyendo fotocopiado y escaneado, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

¿PUEDE UN VIA CRUCIS O UNA PROCESIÓN PASIONARIA SER UNA VIA PULCHRITUDINIS? RITUAL PASIONARIO, TEOLOGÍA Y ESTÉTICA

FRANCISCO HENARES DÍAZ
Universidad Antonianum. Murcia

*Could a Via Crucis or passionate procession be a Via Pulchritudinis?
Passionate ritual, theology and aesthetics.*

Resumen.

La religiosidad popular guarda en todo el procesionismo pasionario un caudal de fe, antropología, etnografía, y vida en las distintas etapas históricas. Las cofradías y los Cristos de la Sangre son un ejemplo. Tales cofradías se reúnen, con frecuencia en torno a los conventos franciscanos. El Vía Crucis es un modo de intrahistoria de sangre, sudor y lágrimas del pueblo fiel. Los flagelos de sangre no se escaparon de ser mal comprendidos.

Palabras clave.

Procesión, penitencia, flagelación, polémica, franciscanos, dramaturgia.

Abstract.

The popular religiousness guards in the whole passionate procession a flow of faith, anthropology, ethnography, and life in the different historical stages. The confraternities and the Crucifixes of the Blood are an example. Such confraternities meet, often concerning the Franciscan convents. The Via Crucis is a way of intrahistoria of blood, sweat and tears of the faithful people. The scourges of blood did not escape of being badly included.

Key words.

Procession, penance, flagellation, Franciscans, dramaturgy, polemic.

¿**P**uede una *Cofradía de la Sangre* resituarse entre teología y estética? A eso iremos contestando bajo puntos de vista interdisciplinares. Es forzoso hacerlo así si queremos entender algo debidamente.

Lo primero que haré será una *explicación de términos*, tal a como hacíamos cuando estudiábamos Teología Escolástica. Cuando digo «ritual pasionario» me refiero sobre todo a la representación de la Pasión del Señor, y en especial a la *teatralización* del Vía Crucis y de las procesiones. Cuando digo en latín «*via pulchritudinis*», es porque el término está ya acotado, pero quiere decir en cristiano vía de la belleza. Cuando digo *estética* quiero decir los *sentidos* (que eso significa en griego), es decir, el acercamiento a la belleza por el deslumbramiento de los sentidos. Cuando digo *teología* quiero decir ese afán atrevido y maravilloso de querer hablar de

Dios con palabras de seres humanos (hasta donde se pueda), y eso apuntando hacia donde siempre: *fides quaerens intellectum* (la fe busca a la razón), pero por igual *intellectus quaerens fidem* (la razón busca a la fe). Un matrimonio bien avenido.

EL AFÁN DE REPRESENTAR A DIOS

Todas las religiones han experimentado esa sensación. Unas se han atrevido. Otras lo han visto como prohibitivo. El mismo Antiguo Testamento (Ex. 20. 3) nos pide que no hagamos imágenes de Dios, que eso es cosa idolátrica. Y algunas Iglesias cristianas lo han llevado a rajatabla en la Edad Antigua (iconoclastas), y ha ocurrido aun en la Edad Moderna y actual, en buena parte en las Iglesias de la Reforma. No así la romana, y ello por diversas razones: de pedagogía catequética, y de los cinco sentidos en vilo, por citar aquí sólo dos trancos. Tendremos ocasión de verlo. Los místicos, a su vez, casi prefieren hablar de Dios por formas y lenguajes *negativos*. A saber, mejor decir qué no es Dios, que decir qué sí y cómo es.

Resumiendo mucho, reconozcamos que ha habido épocas en que se sentía más que en otras la necesidad de *decir con los ojos*. Ocurrió siempre en épocas de reformas en la Iglesia romana. Se sentía la necesidad, porque nunca se tenía una percepción total de que estábamos pintando debidamente a Dios y sus planes. Reconozcamos también hoy mismo que el Dios en que estamos creyendo no es el verdadero, o que es, al menos, borroso. La demostración es cómo vamos cambiando nuestro modo de entenderlo, según grandes etapas, aun dentro de una cierta unidad de fe, puesto que Dios es siempre el *Otro*.

Hagamos una pregunta elemental: ¿las personas cultas tienen una idea igual de Dios que las personas llanas, o las del mundo rural? ¿Con cuál nos quedaríamos, si nos obligaran a elegir? La religiosidad popular, y la nostalgia de lo mágico, tienen mucho que decir en este sentido. La comprensión de Dios de hace 500 años ¿es la mismísima que la de hoy? Echemos un vistazo: ¿cuándo se empieza a ver a Dios como un padre, un amigo, uno de los nuestros? Y ya estamos con la primera pega de sociocultura y de psicoanálisis, porque casi seguro que toda idea de Dios es *analógica*. Cuando tú dices «padre» ¿qué quieres decir? ¿El mío que daba un puñetazo en la mesa y allí no rechistaba ni el gato, o los padrazos-madrazas de

ahora a quienes les sacan los hijos las motos y las *Play Station*, y encima les quedan a los nenicos/as varias asignaturas suspensas en cada curso en junio?

Todo esto nos lleva a presentar la historia de la religiosidad popular con una obligada diacronía. No todas las épocas son iguales. En general, la mayor parte de la Edad Media presentó un Dios que infundía miedo, un Dios dominador, omnipotente, y si me apuran irascible. Y tiene su explicación ese talante. Bastaría ver el arte de esa época en iglesias, monasterios y catedrales. El *Pantocrátor* (poder en todo) domina el espacio. Produce un respeto imponente.

La Baja Edad Media significa un cambio. Ya con San Bernardo y el Cister comienzan a percibirse modos diferentes, sobre todo en las formas de ver a Jesucristo y a la Virgen. Eso aumentará con las órdenes mendicantes en el siglo XIII, y en especial con S. Francisco y los franciscanos. Luis Maldonado escribió (en 1979) un capitulito titulado «Otro monumento de la religiosidad popular: Francisco de Asís».¹ Se trata ahora de no ver sólo la potencia del Otro (¡ojo! que no queda excluida), sino de acercarse a la historicidad de Jesús y su familia y los lugares por donde transitó. Acercarse a la parte más humana, por tanto. Ahí tienen mucho que decir tanto las Cruzadas con sus bramas religiosas y políticas, como los tiempos inmediatos de después más interiorizados (la *devotio moderna*) con sabor a caminar por donde Cristo caminó (los Santos Lugares y las muchas peregrinaciones a ellos).² En esos sitios tienen los franciscanos parte decisiva.

Por otra parte, sabemos que la conmoción y luchas en Cristología proviene, desde los primerísimos siglos, en situarse, polarmente, a un lado o al otro contrario, es decir, si crees demasiado en la divinidad de Cristo, no alcanzas a admitir su humanidad. Y viceversa. Las *herejías* de ayer y de hoy ocurren por no aceptar el Credo: el Señor Jesús es «Dios y Hombre verdadero». La inmensa utopía, la hipóstasis exacta está ahí como ruta. No olvidemos la «*imago Dei*» de los orígenes bíblicos retratando a nuestros primeros padres. Eso explica que tales polos se dejen ver luego sin cesar en el arte, en la manera de representar lo divino. Con Francisco

¹ Cfr. *Génesis del catolicismo popular. El inconsciente colectivo de un proceso histórico*, Madrid, Ed. Cristiandad, 1979, págs. 127 y ss.

² Cfr. Fulvia Serpico, «Il frati minori e il rinnovamento del pellegrinaio a Gerusalemme nei secoli XIII-XV», *Frate Francesco*, núm. 75, 2009, págs. 141- 164.

de Asís empezamos a sentirnos a gusto ante los misterios de la vida de Cristo, desde que éste nació hasta que murió. De ahí la *humanización* de esos pasajes. Es un paso tardomedieval a lo que va llegando luego con el Renacimiento y Barroco.

Francisco, un día, llega a Greccio y tiene el regusto de *teatralizar* la escena del Nacimiento del Señor. La forma de dramatizar es la típica: *metiéndonos* todos a actores. La Virgen será una mujer sencilla de ese pueblo italiano diminuto. San José, un pobre labriego. Los Reyes Magos, otros aldeanos, cuya facha, disfrazados de reyes a su manera, debía ser hilarante de ver. Para el buey y la mula no había mucho que andar. Estaban ahí mismo a la mano. Nacen, pues, los belenes, que tanto juego han dado y dan a nuestra religiosidad. La ternura, la cercanía de Dios, los suspiros de la joven madre, María... Un Dios entre pajas, que por cierto es el colmo de la teología más pura escotista, es decir, el plan de Dios fue siempre enviar a su Hijo al mundo para que gozara de él, para que dejara ahí su huella, para que nos señalara cómo podíamos habitarlo dignamente. Y con ese plan salvífico cumplir la bella historia de Dios, que es hermosa: que Dios entre en la tierra, y que la tierra se divinice. Y todo ello del modo más desguarnecido, más pobre, como nos revelará la *Carta a los Filipenses* (2, 6-7). Dice de Cristo: «El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo, tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres, y apareciendo en su porte como hombre, y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz».

Lo admirable no es sólo que Jesucristo entre en la tierra, sino que venga despojado de grandeza, que sea uno de los nuestros. Posiblemente, Pablo toma aquí un himno que ya estaba circulando en las asambleas. Un himno descriptivo, tanto de valores de la divinidad como de valores reales de la humanidad. Un himno, además, pasado por el *Siervo doliente* que retrata Isaías, 53, 3: *ante el cual se vuelve el rostro*. Acercar el misterio, y transfigurar la realidad. He ahí la irrupción de Dios en la tierra. Francisco, un poeta, un juglar, un místico callejero, no podía pasar sin escenificar un hecho tan grandioso en la historia humana. Cuando el teatro medieval representa los *Autos del Nacimiento*, *Autos de los Reyes Magos* y *Autos de Pasión*, y los empieza a sacar desde la liturgia en la iglesia hacia la portada de ésta, y de ésta al atrio y a la calle y la placeta, tiene un colaborador en el juglar Francisco de Asís, el *Poverello*. Sabiduría de un pobre.³

³ Conviene resaltar la sencillez original de esas dramatizaciones tan en consonancia con

Obviamente, ese su sentir, lo sigue mostrando en especial con el gran tranco evangélico de la Pasión del Señor. Por ésta siente Francisco pasión, efectivamente. La vive tanto, tan vivamente, y con tal sensibilidad fuera de lo usual, que llega a sentir las llagas impresas en su propio cuerpo. De ahí que le llamemos también el «alter Christus». Ve la Pasión de Cristo en todo. Ve la letra «T», y lo primero que le trae a la mente es la forma de la cruz (la *Tau*, que portan al cuello o en la solapa tantos franciscanos hoy, sobre todo jóvenes).

No tardarán mucho los frailes y los seculares de la Tercera Orden en reinventarse también formas de parecerse al Señor en la Pasión. Se extiende ese modo de hacer como un reguero de pólvora por toda Europa. Al principio, se eligen unas cuantas estaciones, unos cuantos pasajes de la Pasión, y algunos ni siquiera figuran en los evangelios canónicos. Se busca revivir escenas de los evangelios con espíritu devoto. En esto son también los peregrinos a Tierra Santa, guiados por los frailes, los interesados en pisar por el camino de la cruz, como Jesucristo hiciera, paso por paso.⁴ Y conforme se deslizan los siglos, sobre todo desde principios del siglo XVII,⁵ aquellos primeros viacrucis antiguos van tomando ahora más camino y más *estaciones*. Se conforman 14 paradas. Todo con tal de parecerse lo más posible a Cristo y a la Virgen Madre en sus dolores. Notemos que la

los evangelios. La monja Eteria, en sus peregrinaciones a Tierra Santa (en el siglo IV) ya había visto inicios de representaciones sacras. También vemos tal en la Alta Edad Media. San Francisco amplía los escenarios. De hecho, los cumple en la calle y al aire libre. Por más que la polémica sobre los orígenes del teatro medieval siga abierta (si proceden de la liturgia, o si más bien de estilos profanos con juglares por medio, que la Iglesia supo adaptar de inmediato), lo cierto es el influjo del franciscanismo como catequesis. Para ese teatro medieval en España, véase F. Pedraza y M. Rodríguez, *Manual de Literatura Española. Edad Media*, Tafalla (Navarra), Ed. Cénit, 1981, T. I, págs. 321-332 (con abundante bibliografía). Véase también A. Hermenegildo, «Sobre la dimensión social del teatro primitivo español», en *Prohemio*, II, 1971, págs. 25-50.

⁴ Cfr. F. Serpico, «I frati minori...», op. cit., págs. 151- 155.

⁵ Recuérdese que fray Alonso de Vargas, franciscano, Provincial de la llamada Provincia Seráfica de Cartagena, cuando vuelve del Capítulo General de Roma, comienza a extender un viacrucis de 14 estaciones, tal al que ha llegado hasta nosotros. Rara será la ciudad y pueblo de España donde no se implantara uno, como lo afirma P. M. Ortega en su *Crónica* (ya en 1740). Las mismas Constituciones de la Provincia imponen la obligación de erigir viacrucis, sobre todo en los atrios de los conventos. Todavía los vemos en más de uno, testigos admirables de una tradición de larga duración. Conviene leer las páginas que escribe sobre ello Francisco Cáscales en sus *Discursos de la Ciudad de Murcia y su Reyno*, Murcia, 1621.

misma Virgen ha perdido el hieratismo que tuvo antiguamente, y ahora es una madre de un pueblo. Una mujer como la mayoría de mujeres ante la tragedia e injusticia que sufre un hijo.

Las 14 estaciones se organizan como un *teatro de calle*. Se elige un escenario en las afueras del pueblo. Mejor si acaban las 14 en una colina, o hasta en un monte. Por dos razones: porque subir –y de esa manera que diremos– es ya un sacrificio voluntariamente acogido; y porque el monte, culturalmente, es el lugar de las teofanías. Un lugar sagrado en el imaginario colectivo.⁶ Pero también ocurre por esto otro: porque los frailes y seglares creadores de esto saben de estética, de escenario. Ahí un amanecer o un atardecer es magnífico panorama de Naturaleza que acompaña a las sensaciones interiores de las personas.

Sigue el escenario: saliendo de una iglesia y adentrándose hacia las calles que nos van sacando a las afueras, se va estructurando un urbanismo religioso, que ha dejado huella hasta hoy: *Calle del Calvario*; *Calle de los pasos de arriba*; *Calle de la Primera Caída*; *Calle de la Amargura*, etc. Basta recorrerse hoy pueblos cercanos a nosotros como Orihuela, Cartagena, Lorca, Jumilla, Hellín, Yecla, Agramón, Caravaca, Tíjola (Almería), y tantos otros, comprobando esa toponimia del callejero *paso a paso*.⁷

Sigue el *atrezzo*: si hay que parecerse a Cristo, se necesita *invertirse* de él (invertirse proviene de *veste*). Entonces, la imaginación lo tiene fácil: la gente llevará en la cabeza coronas de espinas, o cosa parecida; o llevará una soga atada al cuello, como reo para que no se escape; o los pies descalzos; o un vestido de saco y sarga de lo más burdo; o ceniza por la cabeza como señal de penitencia; o con una cruz de madera al hombro, o dos y tres a veces. Todavía en el famoso Viernes Santo de Murcia-capital por la mañana, vemos a nazarenos, que lo hacen y son una reliquia de lo que digo. Algunos de los cinturones anchos que observamos en Cuevas de Almanzora (Almería) que se ciñen en la cintura y son de esparto, creo que reflejan los cilicios que se ajustaban al cuerpo con esas pleitas. Y, en

⁶ F. J. Flores Arroyuelo, *Diccionario de supersticiones y creencias populares*, Madrid, Ed. Alianza, 2002, pág. 196: «La montañas han sido siempre consideradas el lugar idóneo para entrar en comunicación con Dios: los griegos, por ejemplo, pensaban que los dioses moraban en el monte Parnaso, Moisés recibió en el Sinaí las tablas de la ley, y Jesús en varias ocasiones pronunció palabras sagradas desde una montaña».

⁷ Cfr. Francisco Henares, «Via Crucis y calvarios en el antiguo reino de Murcia», *Cuadernos sobre religiosidad y santuarios murcianos*, núm. 58, Murcia, Instituto Teológico OFM, 2008.

fin, algo que casa bien con las llamadas Cofradías de la Sangre, a saber, la sangre que se derramaba merced a los flagelantes que se daban disciplinas en la carrera de la procesión antaño. Desde el momento que los penitentes se dividían en *de sangre* y *de luz*, ya sabemos a qué atenernos, hasta por el propio nombre.

Últimamente me ha sido de utilidad un artículo,⁸ a pesar de su título. La documentación ofrece ciertas discordias, precisamente entre cofradías y parroquia gobernada ésta por clérigos que sentían repelús por algunas manifestaciones de la religiosidad popular. Queda por saber qué intenciones mueven a unos y otros, porque la que más está a la vista y se esgrime es la hora de salida de esas procesiones (unos, a favor de la noche; otros, de día). Pero habrá que ver a todos esos fieles malagueños y a los clérigos, *por dentro*. Se une ahí a cofradías de la sangre con conventos franciscanos que acogen a aquéllas. A éstos se les cita en la documentación como «uno de los principales patrocinadores de tales Archicofradías». Los Ilustrados, en especial con Carlos III en 1777, abolieron esas prácticas ante las que se mostraban harto incómodos. Pero en Antequera (Málaga) se ven ciertas oposiciones ya en 1593, en Jueves Santo precisamente, puesto que el Vicario de la Colegial suspende la procesión de la *Cofradía de la Vera Cruz y Sangre de Cristo*. Les arrebató a los nazarenos sus túnicas y les increpa con duras palabras. Un auténtico revuelo. Como es lógico andan por medio muchas otras razones de unos y otros: la prohibición a salir de noche de parte de las jerarquías eclesiásticas, los miedos a camuflar otras experiencias menos devotas a esas horas, la rebelión del pueblo llano y fiel ante imposiciones venidas de arriba, etc. Ciertamente, tantas prohibiciones y el cambio de mentalidades fueron haciendo mella hasta lograr la casi total desaparición de tales cofradías. Todavía, sin embargo, quedan muestras de aquellas vivencias en algunos sitios de España. Una Cofradía de la Sangre, a la antigua, sólo se comprende desde dentro. Los mirones sólo sienten curiosidad, y sólo con curiosidad no se entra en religión. De eso pecaron y pecan hoy los Ilustrados a la violeta.

Asistimos, efectivamente, a formas de la religiosidad popular que vienen de la Edad Media y aterrizan luego en el Barroco. Pero aquí todo es ayuda a la visualización, plasticidad, estética de los gestos, imaginación e imagería,

⁸ Véase Milagros Vegas, «Entre el misticismo y la aberración. Declive de las flagelaciones en Antequera (siglo XVI)», *Baetica*, núm. 31, 2009, págs. 381-397.

porque poco a poco, las propias tallas salidas de la gubia de los artistas nos sumen más todavía en ese mundo inefable, real, pero mágico, todo en connivencia indisimulada.

El Vía Crucis, por su parte, fue siempre un teatro pobre para pobres aunque, por un momento, como ocurre hoy en las cofradías, ricos y pobres se llamaran *hermanos*, y se unieran en las penitencias. No es vulgar utopía esa. Quiero decir que era un teatro sin boato, y más en sus principios, porque no echaban dinero en ello. Llevaba pocas imágenes; la gente se fabricaba su *atrezzo*; el dinero que se sacaba se invertía sobre todo en ayudas a necesitados, encarcelados, moribundos; o en misas por los hermanos difuntos. Todavía hoy, las habas, huevos duros y caramelos que reparte la Procesión de la Sangre (*Coloraos*, Miércoles Santo en Murcia capital) son reliquias de aquel pasado siglos atrás, cuando la cofradía acudía a remediar las hambres de mucha gente.

Lo más interesante es que era un teatro donde todos eran actores, o cantores, o recitadores, o ayudadores de algo, en esa teatralización sencilla. Había menos mirones que actores. Cuando siglos más tarde triunfen las procesiones pasionarias de más boato, al modo que hoy tenemos, el panorama estará un tanto cambiado: la mayoría somos ya mirones y son menos los actores; la pobreza se trueca en dinero, o en cosas que valen dinero, como flores, luces, imágenes del mejor imaginero, y túnicas de valía. La belleza sigue, pero el canon de belleza varía. Frente al talante rural de siglos atrás, poco a poco triunfaba el talante más refinado de las urbes, y hasta de los mismos figurantes. Reseñemos que lo popular no se ha perdido, sin embargo. Todavía las procesiones actuales –que son víacrucis en su modo de venerar momentos de la Pasión– se sostienen porque tienen una raigambre religiosa en el propio pueblo. Negar eso –como quieren algunos– es negar la luz del día. Y algo tendrá el agua cuando la bendicen.

Ciertamente, se ha perdido el tono *misionero* de aquellos siglos, porque un víacrucis sin plática o sermón era impensable. Y ocurría, al par, acabar la última estación haciendo obras (y no sólo teatro) de arrepentimiento como examen de conciencia y confesar los pecados, o quemar los naipes en una hoguera; o quemar las mujeres vestidos menos honestos, y los mil afeites para embellecerse la cara; o tirar las galas, como cosa superflua y de vanidad. O lo que es más grande: hacer las paces con familiares y vecinos peleados. Es decir, establecer la paz social, que le venía a todo

pueblo de perlas. Aquí cerca, en Moratalla fueron sonadas las peleas entre familias y bandos, y cómo la religión cristiana medió para acabar tales desvaríos públicos.⁹

Habría que confesar que los franciscanos que creaban tales catequesis y dramatizaciones sacras eran magníficos pedagogos y conocían los resortes de la gente para persuadirlos, para emocionarlos y seducirlos camino de un bien. Como los franciscanos eran miles de frailes (un tercio del total de religiosos en la demografía eclesiástica española) no extraña que el reguero de pólvora se corriera como por ensalmo. Había franciscanos en todos los rincones, en todos los pueblos.

¿PUEDE SER BELLO UN ESPECTÁCULO DE SANGRE DERRAMADA?

Quizás lo que más llama la atención en la religiosidad popular son las antivalencias, las contradicciones reales o aparentes, las ambigüedades posibles. Quiero decir, los asombros (de sombra, *ensombrecimientos*). Ya las mismas imágenes de los Cristos de la Sangre que vemos nos producen ese pasmo sólo con contemplar las formas plásticas de *atraernos*. Digo atraernos para diferenciarlas de *distraernos*. El que se distrae es que se ha divertido hacia otra parte, no se concentra en lo que contempla. Ante estos Cristos, por el contrario, quedamos como hipnotizados. Por cambios de cultura que hayan surgido, por falta de educación en ello, o por las hipérboles continuas, lo cierto es que hay gente que siente un repelús, y otros una identificación. Ya se sabe que en todo esto juega un papel decisivo la sicología, la antropología, y todo lo sociocultural. Porque vemos el Cristo de la Sangre de Bussi (Miércoles Santo, procesión de los *Coloraos*, de Murcia), y observamos el que hizo para Calasparra José Dies u otros Cristos en otros lugares, y lo primero que llama la atención es la veneración por la Sangre, pero hecha espectáculo. Nos identificamos, en el sentido de que nos *fundimos* con la imaginería que ahí se muestra: del costado sale un chorro de sangre, pero no podríamos dejarlo caer, porque es oro puro. Sería un contradiós. Entonces, un ángel (son cinco ahí presentes) alarga su brazo, lleva un cáliz en la mano y recoge gota a gota el oro. Aquí no se puede hablar de *sangre derramada*, sino de sangre recogida, *aprovechada*.

⁹ Cfr. Marcial García García, *Los franciscanos en Moratalla. Historia del convento de San Sebastián*, Murcia, Ed. Espigas, 2003, págs. 59- 64.

¿Conécta esto con la estética habiendo por medio tanta sangre, tanta cruz y tantos clavos? Depende de la identificación (con la trascendencia y la inmanencia) que habita en cada uno de nosotros (somos *imago Dei*, no lo olvidemos) y Dios es la suma trascendencia, pero nuestra fe nos lo muestra también como Dios *encarnado* (inmanencia) en su Hijo, cuyo Espíritu nos dice lo que tenemos que hacer y decir a cada paso. Esa es la Santa Trinidad en movimiento. Hoy la gente, en cine y televisión y anuncios, no debería extrañarse, puesto que se identifica con cosas horrendas, góticas o *crepusculares*, o satánicas. Los Drácula que a nosotros nos daban miedo, a jóvenes de hoy quizás les resultan eróticamente morbosos y lúdicos. Lo cual indica que existe también una estética del horror dentro de la Pasión de Cristo. La vemos en las procesiones, igualmente, con los sayones que azotan a Cristo, o los verdugos que lo arrastran por el camino hacia la cruz sin la más mínima compasión (mientras que a la vez, nosotros sentimos compasión en nuestras entrañas). Hay cuadros en la historia del arte escalofriantes a este respecto, quizás para lograr un juego estético de opuestos, y en símbolos de contrarios: vemos, por un lado, al bello y maltratado Jesús, el Agnus Dei; por otro, la depravación de la violencia en los verdugos.

SANGRE DE CRISTO Y SANGRE DE LOS FLAGELANTES

Pero volvamos a nuestra pregunta: ¿cabe también una belleza siquiera en los flagelantes de las procesiones, que perduran, en contados casos, todavía en tradiciones de pueblos de Castilla, La Rioja, y otros sitios? Pues depende del color como se mire. No seamos dogmáticos. J. Caro Baroja –en *Las Formas Complejas*– dedicaba un capítulo a *la religiosidad del labrador* como oposición, o al menos diferenciación, de la religiosidad culta.¹⁰ No tienen por qué parecerse en todo. Y de hecho, no se parecen demasiado. Ahora no puedo dedicar mucho espacio a esto, ni a las polémicas que hemos vivido desde siglos atrás hasta nuestros días acerca de si se debe alabar o prohibir tal o cual manifestación de religiosidad popular.¹¹

¹⁰ Julio Caro Baroja, *Las formas complejas de la vida religiosa (siglos XVI y XVII)*, Madrid, Ed. Sarpe 1985, págs. 341-376.

¹¹ Lúcidamente J. A. Estrada Díaz respuntea un buen número de aspectos, muchos de los cuales están en la mente de todos, pero con equilibrio no se deja arrastrar, como otros, por la sola teología de la razón dominante. Cfr. «El reto de la religiosidad popular a la teología», en *La religiosidad Popular*, Barcelona Ed. Anthropos, 1989, T. I, págs. 257-267. Véase también, Pedro Córdoba Montoya, «Religiosidad popular: arqueología de una noción polémica», en *ibíd.*, págs. 70-81.

En concreto, sobre los flagelantes y su sangre –esta vez sí que derramada– han llovido opiniones para todos los gustos, y hasta se podría establecer también una diacronía, unos escalones en el tiempo, porque no en todas las épocas fue igual la forma de percibir a esos grupos de flagelantes procesionistas. En tiempos medievales parecería mejor recibida que en tiempos de siglos después, pero fue en la Baja Edad Media donde no faltaron polémicas a cientos. A veces se nos dice que fueron prohibidas tales procesiones o se criticaba a tales disciplinantes porque eran un escándalo de lucimiento público. Pero no olvidemos que si iban encapuchados, como así ocurría, no era tan fácil saber quien iba debajo de tal capucha, ni por tanto, lucir mucho. Habrá que admitir de nuevo que se mezclaban muchas razones y sinrazones para salir en procesión, y muchas para prohibir tal.¹²

En todo caso, hoy nadie daría sólo aquel argumento de lucimiento. Hoy es repelús ante lo visto mirando hacia atrás. Pero tampoco podemos aceptar que lo que se piensa hoy, va a misa y ya está. Tiene el hoy de contingente lo mismo que todo lo demás. Un día las gentes del futuro verán nuestros cines de violencia y anuncios y se pasmarán de cómo podíamos ser tan sádicas, tan morbosas las personas del siglo XXI. Esperamos que no se queden los historiadores futuros con sólo esas imágenes del cine y televisión, porque si no, sepa Dios lo que pensarán de nosotros.

Lo que queda claro es que un espectáculo se pone en práctica si debajo alumbran motivaciones que merecen la pena. Lo vamos a ver más adelante. En un mundo religioso del pasado, donde todo lo llena la hierocracia,

¹² Será útil consultar, al menos, alguna síntesis, porque existe bibliografía antigua interesante. Véase una panorámica general en Paul Bailly, «Flagellants», en *Dictionnaire de Spiritualité*, París, Ed. Beauchesne, col., págs. 391- 408. Desde la antigüedad, los ascetas han utilizado las disciplinas, y se acrecentó tal en la Edad Media. S. Pedro Damián (1007-1072) propaga esta devoción, y es fácil verla en muchos monasterios benedictinos, y en siglos después entre franciscanos y dominicos en buena parte de Europa. Ciertamente existieron grupos de disciplinantes con connotaciones tachadas de heterodoxas, y fueron prohibidas por el Papa Clemente VI (1349), pero no olvidemos que se juntaban por medio condiciones dispares como la peste llegada de Asia, que hizo estragos en la población europea, las bramas por una renovación religiosa y las críticas a un Papado no precisamente bienquisto (escándalo del Cisma de Avignon, formas mundanas de jerarquías eclesiásticas, confusiones teológicas del vulgo hasta pensar que los flagelos borraban los pecados, etc.). Pudo influir todo ello en la escasa reputación que muestra el célebre J. Gerson en el Concilio de Constanza (1417) frente a los flagelantes. Otras personalidades de tiempos después abundaron en lo mismo. Sin embargo, el propio Papado y altas jerarquías, en los siglos posteriores, nunca pusieron en duda la buena disposición de cientos de disciplinantes como expresión de religiosidad popular.

donde no existen ámbito religioso y civil demasiado divididos, y donde existen unas determinadas formas de expresar la religión, puede que asombre menos lo que a otros asombra más ahora. Pienso en aquellas gentes (siglos XVI-XVII) que veían flagelarse a grupos (sociedades-hermandades) en la que hoy es procesión del Cristo de la Sangre de Murcia, en cuya estación de Santa Eulalia ocurría uno de esos momentos flagelantes, y también en otras estaciones como la catedral y luego en el mismo Carmen. En las Constituciones de la Hermandad de la Cruz de Jumilla (finales del XVI o principios del XVII) creada por el franciscano fray Pedro Lobo se lee lo siguiente: «que acudan los cofrades a las oraciones a la iglesia, donde el hermano mayor hará una plática exhortando a la virtud y "hagan luego la disciplina"». En Cuaresma se hará esto los lunes, miércoles y viernes.¹³

En la Baja Edad Media, el movimiento de los disciplinantes aparece bastante unido a las órdenes mendicantes (franciscanos y dominicos, sobre todo). Ocurre así en la Umbría italiana en el siglo XIII, e hilado al nombre de Santo Domingo prosigue y crece en el XIV. Es sabido, a la vez, cómo las gentes que seguían a San Vicente Ferrer por nuestra propia geografía murciana usaban de las mismas trazas. De hecho, la cofradía de Jumilla se funda merced a la visita de este santo, y la cofradía de la Sangre de Murcia dice otro tanto. Y en Lorca –como ha estudiado D. Munuera Rico– con el nombre de cofradía de la Vera Cruz y Sangre de Cristo (1590) tuvo su sede en el convento franciscano de la Calle de Nogalte. No faltaban los disciplinantes, pero es notorio que en 1777 los Ilustrados borbones prohibieron tales penitencias públicas, según quedó mentado. Por otro lado, en la *Escuela de Cristo* (tan poco amiga de notoriedades, según es sabido) se daban también disciplinas.¹⁴ Y en los conventos franciscanos –en los *seminarios* de Noviciado, Filosofía y Teología– hemos llegado a conocer tales disciplinas hasta no hace tantos años. Acto de comunidad imponente en la tarde-noche, recitando melodiosamente todos el *Miserere*, tenido en el claustro central del convento.

Las controversias sobre los disciplinantes fueron en España abundantes. Basta comprobar el Sínodo de Sevilla en 1604 cómo alaba a esas cofradías y las gracias e indulgencias que se consiguen.¹⁵ Hay quien se siente

¹³ Cfr. Cfr. V. Canicio Canicio, «Marco histórico de las cofradías jumillanas», en *Jornadas de temas jumillanos*, Jumilla, Ed. del Ayuntamiento, págs. 73-122.

¹⁴ Cfr. M. Molero Valero, «La escuela de Cristo. Su vida, organización y espiritualidad barroca», en *La religiosidad popular*, op. cit., vol. III, págs. 507- 528.

¹⁵ J. Rodríguez Mateos, «La disciplina pública como fenómeno penitencial barroco», en *La religiosidad popular*, op. cit., vol. II, págs. 528-539.

edificado en su fe, pero otros como Covarrubias en su *Tesoro de la Lengua Castellana* los trata de vanidosos y dice que «deberían los prelados como los gobernantes seculares, echar de las procesiones de los disciplinantes aquellos que van con profanidad y castigarlos severamente». Quevedo también soltó alguna soflama sobre tal vanidad.

Sin embargo, nos falta, creo, un estudio de esa vanidad y en qué detalles consistía. Pero nos falta, a la vez, un reconocimiento de hasta qué punto los Ilustrados (a la violeta o no) han tenido siempre dificultades para conectar con la religiosidad popular. Se podrían citar multitud de casos, cuya influencia ha llegado hasta nuestros días como nefasta y roma de comprensión. Citaré dos de ellos para muestra: por una parte, la indignación de Ilustrados ante bailes, cantes y talante lúdico dentro de las iglesias; por otra, que el cardenal Belluga prohíba la procesión del Resucitado, porque salía, y sale todavía, un demonio ahí atado con cadenas (en plan lúdico, es verdad, como en los autos sacramentales del Siglo de Oro). Le parecía una irreverencia, pero olvidaba que el *demonio atado*, tras la Redención consumada y resucitada, es una dramatización del triunfo del Señor Jesús. Eso explica más de un pique habido siempre entre jerarquías y procesionistas. Relación ardua, efectivamente, en muchos casos. Hace muy pocos años, un arzobispo (ya cardenal) sobradamente conocido pretendió prohibir (en Andalucía nada menos) cantes y estilos rocieros en unas misas con boda. Ignoro qué caso le hicieron «sus» andaluces. No hace falta decir que el canon de belleza va por barrios, según se ve, y teología y estética darían mucho que hablar, según las muestras.

Entra aquí como rodado que el *Quijote* recoja una escena de tales disciplinantes en el capítulo último de la primera parte. Una escena no exenta del humor cervantino, tragicómico, en la que el *perspectivismo* lo llena todo. Mientras que don Quijote sólo ve una dama a la que defender, porque la llevan presa (una Virgen de la Soledad, más o menos, que portan en andas los flagelantes en una aldea), nosotros vemos sólo los extraños trajes de los disciplinantes que han salido a suplicar lluvia para los sedientos campos, y que se ven ahora atacados por la lanza de don Quijote.

Dejemos aquí estas actitudes penitenciales más fuertes, no sin preguntarnos cómo vivirían las Cofradías de la Sangre, diacrónicamente, estos ejercicios. O con qué pena, o con qué alivio fueron dando respuesta a lo que pedían algunas gentes practicando su fe, mientras otros verían bien que desaparecieran. La Flagelación de Salzillo es una estampa en andas y trono de lo que los penitentes hacían en su propio cuerpo. He

consultado *Constituciones* murcianas de la Sangre de 1884, pero no dispongo de las más antiguas. En 1884 no se nombra ya nada de los flagelos, ni siquiera un rastro de sangre derramada.

«VEN Y SÍGUEME». LA ASIMILACIÓN A JESUCRISTO COMO VÍA DE BELLEZA

Me interesaba no sólo valorar la belleza dramática, plástica, de ese teatro en la calle que una procesión pasionaria, o un Vía Crucis extramuros en nuestra tierra del Sureste deja, a saber, la luz mediterránea, el colorido, el fragor de los sentidos oliendo a azahar, la situación panorámica de un Calvario en las alturas, la estaciones de una trocha pina que va ascendiendo, y luego los gestos, el modo de disfrazarse con tal de parecerse al Señor sufriente, ese modo de cantar, o recitar poemas y estribillos. Un mundo de sensaciones, a veces sin demasiado orden, pero con una sabiduría visual, con muchos actores y actrices. Todo lleno de *signos escénicos* y *acotaciones*, como ocurre en el teatro.

Ahora pretendo un paso más: que se vea lo más profundo. La belleza va por dentro. No se compra ésta por mucha publicidad de cremas y cirugías, y modas de escaparate y de *boutiques*. La elegancia es otra cosa. Es un don interior que consiste en un sin fin de detalles. Su *pinta* es inequívoca, y tenemos olfato para descifrarla, sobre todo si la vemos en una mujer.

He aquí la pregunta que más vale: ¿cómo va uno cogiendo esa *pinta* si uno es persona cristiana? Ya sé que decir fe, religión, piedad, devoto, creyente, practicante... son palabras equívocas hoy día. Hoy somos muy sensibles a los flecos del lenguaje. Ya las palabras nos sirven, y en parte no nos sirven. Pero tampoco exageremos. Si uno quiere parecerse a Cristo hará cosas de él, es decir se *asimilará* a Jesús de Nazaret y a su Madre, conforme nos lo dan los evangelios (que por cierto, son libros de fe y no sólo de historia).

Y la asimilación la da el roce. Al que va con personas que guardan modales y educación, y se roza con ellas se le va pegando la finura, la elegancia, desde la forma de coger un vaso hasta la misma forma de hablar. El que vive el cristianismo en principio, es porque siente algo por dentro (*lo lleva dentro*, o lo ha heredado de sus padres, o colegio, o amigos queridos, o qué sé yo). Quizás, la vida nos hace aprender mucho, nos da tortazos (la *chute* de los existencialistas), se te destruye un amor en el

que tú creías, se te muere una hija a los 23 años de un cáncer, te falla un amigo que creías fiel, te sale un hijo que no te deja pegar ojo..., y entonces te repensas la vida. La finitud y superficialidad de la mitad de nuestra vida, te llena de preguntas, y te empuja a descubrir otros proyectos. Como somos seres lanzados hacia el infinito (la trascendencia) miramos entonces más arriba (da igual que se llame cielo, conciencia interior, experiencia del límite, caída del burro, *chute*). La historia de muchas conversiones está ahí, la mitad de las vidas de santos está ahí, la sabiduría más pura está ahí.

Y poco a poco, nuestra tradición cristiana de toda la vida (ahora la quieren borrar como si fuera un virus) te pone delante modelos. El primero, el alfa y la omega, Jesús, el Señor. Dios nos lo ha puesto ante los ojos, como nos puso ante las rodillas de nuestra madre. Y entonces crees que debes parecerte más a él, más que a otros divos/as que nos muestra la televisión y esos mundos bastante estúpidos del *couché* y las revistas del corazón. Y empiezas a crecer como persona. ¿De qué forma? Pareciéndome más al Hijo de Dios vivo. Lo primero que ve uno entonces, no es a la Iglesia, a los curas, a los que van a misa. Lo primero es la evidencia de una persona, Jesús de Nazaret, que a la vez es Dios, decimos, que se partió la cara por los más desgraciados: los pobres, los pecadores (enfermo = a pecado en concepciones antiguas), las prostitutas, los sencillos como los niños (*dejad que se acerquen a mí*, Mc. 10, 14). Tan era así que le decían, criticándolo: *es que trata con bebedores y rameras y publicanos*. Obviamente, como rompía el orden establecido, acabó crucificado soezmente. Pero esa cruz no fue una casualidad. Se la regaló para colgarlo el poder establecido de la gente bienpensante. Los que querían que nada cambiara para que sus privilegios siguieran intocados. ¿Cómo iban ellos a admitir que el Padre Nuestro hiciera a todos hermanos por igual, sin diferencias y viniera su Hijo a rezarlo y enseñárnoslo, y a crear comunidad por donde pasaba? De Jesucristo no habla mal nadie. En todo caso, quien tal hace no sabrá nada o poco de él. Pero como sepa, dice enseguida que era *buena gente*. ¡Ahí está el modelo!

Ciertamente, las formas de parecerse a Jesucristo en la religión popular son muy hondas, pero muy imprecisas y podrán discutirse a veces. Pero siempre llevarán dentro las cosas que más importan al pueblo llano, las cosas que más le tocan por dentro: el dolor, el sufrimiento por no tener que comer, la angustia de una madre que no entiende nada de lo que está ocurriendo con su hijo (así fue la Virgen), las injusticias de cada día, las esperanzas que se van al garete por el paro... ¡*La Biblia en pasta!*, como dice la gente.

La religiosidad popular no sabe de entelequias, ni de grandes discursos. Entiende de lo que es luchar por vivir, por sobrevivir. Por eso urge que Dios tenga que venir en ayudas, como sea. Por eso sacaba a un Cristo o a la Virgen para que lloviera, si no había *agua para todos*. Por eso, también, escribe cosas increíbles en un papelico en la Arrixaca, y se las pone a los pies de la Virgen, y le dice que «me muera yo que soy su padre, pero que no se muera mi hija de este cáncer. Te lo pido Señor.»

¿Pega eso con Dios? Quizás es el colmo de la cristología. Jesús el Señor libera siempre, se pone en medio, carga con nuestras debilidades. *Venid a mí*, dice. Y el camino que indica es darse por los demás. Es la Cristología sin trampa ni cartón. Dios, con su Hijo y el Espíritu nos va a juzgar un día (¡ojalá!) más por lo que queríamos ser que por lo que hemos sido. Claro que dándose latigazos los flagelantes querían calmar a Dios, como si estuviera airado por nuestros pecados. Es lo que siempre le enseñaron: un Dios de miedo, no de misericordia. Cuando vayan aprendiendo (catequizándose poco a poco) verán otra cara de Dios: el Dios que siendo rico se hizo pobre y habitó entre nosotros, y se encarnó en las entrañas de una mujer sencilla que se llamaba María, y que vivió ese misterio de Dios, que es creer y tener esperanza en un mundo inhóspito. He ahí la belleza del corazón. Toda la estética que cabe en el mundo.

Y aprenderá ese pueblo fiel en las Bienaventuranzas a parecerse a Jesucristo: ser pacífico, y no tener la mala leche que todos aprendemos de todos. Que ese es nuestro *pecado original*, que se nos pega de unos a otros, como una sarna. Hijos de la violencia (todo lo que se ve en nuestro derredor es violencia). Urge, por tanto, lavarse de tanto virus. ¿En dónde? En la sangre del Cristo de la Sangre, que es la Sangre del manso Cordero. Hay que recogerla gota a gota que no se pierda, porque es salud, como hace el ángel alargando el brazo y el cáliz. Es vida. Hacen bien en mostrarla tanto las procesiones. Saben bien los penitentes que la vida es sangre, sudor y lágrimas. Una procesión no es una payasada.

Desde el punto de vista de la antropología, la sangre significa en las culturas más antiguas algo así como la sustancia primordial. Si tienes sangre tienes la vida. Hasta el punto que esa sangre es como la propia, es decir, intransferible. Ninguno puede ser otro. Él es sólo él. De ahí que veamos en el Antiguo Testamento prohibir el traspaso de sangre a otros (y los Testigos de Jehová, siguen entendiendo esto al pie de la letra como prohibir las *transfusiones*). También se atribuyen a la sangre cosas increíbles.

Por ejemplo, los objetos que han sido tocados en sangre obtienen poderes mágicos. O se hacen pactos de amor de sangre, juntando las venas. Nosotros mismos, en nuestro lenguaje cultural cristiano decimos que el vino en la misa se transubstancia en la sangre del Señor. Hay una visión mágica de la sangre, que es bella, no es deleznable, ni repugna, a pesar de su lenguaje.¹⁶ En todo caso es un alarde de lenguaje místico, metalenguaje.

El que es lavado en la sangre de Cristo (por el bautismo y por los sacramentos) ese nace a nueva vida. Ése busca un parecido con el Señor Jesús. Le «sale» a él. Ha sacado sus ojos, su barbilla, un gesto de la familia de los hijos de Dios. Y eso se le nota en cómo piensa, cómo le da valor a unas cosas y no a otras, cómo no le dan envidia las mismas cosas que a otros (el deslumbramiento del dinero, el sacar la panza, el egoísmo como si no viviera nadie más junto a él).

A mí no me extraña que el pueblo llano, ya que no sabe decir teologías con precisión, sepa en cambio, manifestarlo de modo inconsciente, mágico, vivo, paralitúrgico, con formas de dramatización, con imágenes, con expresiones muy ricas, con símbolos.¹⁷ Como decía una mujer en Andalucía: *a mí los Cristos y la Virgen en Semana Santa me dan una alegría tan grande, tan grande, que me hacen llorar*. Un juego de sentimiento, pues, con mucha miga. Y un modo de hablar estético en tal juego de contrarios.

¿QUÉ QUEDA AL FINAL DE TODO ESTO?

Para empezar queda, como marco y cuadro, resumiéndolo todo, la cita del Nuevo Testamento: «Mas ahora, en Cristo Jesús, vosotros los que en otro tiempo estabais lejos, habéis llegado a estar cerca por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz, derribando el muro de la separación» (Ef. 2, 13-14).

¹⁶ Cfr. F. Flores Arroyuelo, *Diccionario de supersticiones y creencias populares, op.cit.*, págs. 262-263.

¹⁷ «Los símbolos variarán según las culturas y las situaciones históricas; según la psicología de las personas y grupos... En el caso de la espiritualidad popular, su importancia es mayor. Porque forma parte de una cultura marcadamente afectiva, intuitiva, plástica». Eso escribe Segundo Galilea, *Religiosidad popular y pastoral*, Madrid, Ed. Cristiandad, 1980, pág. 74.

Quiero decir: al final de la película hemos comprendido mejor el plan de Dios, como un camino, como un Vía Crucis, efectivamente. La procesión prosigue ese camino, itinerario. San Buenaventura, mirando a su admirado Francisco de Asís y a la enseñanza de paz de éste, escribió una obra singular: *Itinerarium mentis in Deum*. Dios se nos va apareciendo por vías: una, por las criaturas de la Naturaleza, tan bellas y tan violadas hoy, pero vistas como «vestigios de Dios en el Universo»; otra, por «los vestigios de Dios en este mundo sensible»; otra por lo que Dios es, el Sumo Amor; otra «por la beatísima Trinidad, en su nombre que es el bien»; otra por el «exceso mental y místico en el que se da descanso al entendimiento traspasando el afecto totalmente a Dios». Se echará de ver que son peldaños de una escalera que sube. Pero Dios nos ha revelado al Hijo y dejado el Espíritu, precisamente bajando por esa escalera, haciéndose hombre Jesús, hijo de María. Nosotros somos testigos.

Buenaventura dice que Cristo es *vía* y es *puerta*, es *escala* y es *medio*. La Biblia le da más nombres. Y Fray Luis de León escribió un libro sobre algunos de ellos: *Pimpollo, Amado, Faz, Príncipe de Paz, Cordero*, y otros. Nadie ha visto a Dios, pero el que ha visto a Cristo nacer entre pajas, ensangrentado, y crucificado ya ha visto a Dios. Los modos de verlo son contemplarlo y orar con él. Lo malo de la *contemplación* es que nos la han presentado siempre como un recogerse a solas, un retirarse del mundo. Pero eso es sólo un marco entre muchos. Contemplar es precisamente verlo todo con ojos más allá de estos ojos. Una cosa es ver y otra mirar. Una cosa es ver y otra admirar. Creo que eso es lo que debe hacer un penitente o procesionista que lo sea de veras. Ver la Sangre más allá de la sangre.

¿Qué va a quedar de todo esto? ¿Desaparecerá o seguirá? ¿Desaparecerán flagelantes o Cristos ensangrentados, porque no son hoy elegantemente correctos? No lo sé, pero el ser humano lleva dentro representar por fuera lo que lleva dentro. No habrá quien lo pare, por mucho que se empeñen los *listos* de esta mundanal España. Lo importante es que haya mucho dentro. Lo importante es que no haya una sola manera de representarlo, sino muchos caminos de contemplación. Uno de ellos el de la religiosidad popular, pero ésta no se mantendrá sin las esencias del ser humano, que es la lucha por la vida, es decir por llevar la cruz, e ir por la calle de la amargura. No es que deseemos eso, sino que la realidad es la realidad. Y la gracia de las gracias es transformar lo negativo en energía positiva.

Todavía no estamos en la parusía definitiva. Por eso, la esperanza es que las cruces nos sean liberadoras. De lo contrario, no tienen sentido. Al final, después de mucho leer, mucho observar, y mucho comparar, uno piensa que todo lo que hacen las personas para con el Señor y la Virgen doliente no es sólo por interés de sacarle premios, loterías, curaciones, milagros, o calmar a un Dios airado por nuestros pecados. En algunas épocas eso es lo que más se ha visto, efectivamente. Pero, aun sin eso, la imitación de Cristo, la relación, por parecerse e identificarse con él es mucha, porque a uno le gustaría ser como él, tener un hermano mayor así, y a una Virgen así de Madre.

Esto ya nos lo decía el poeta que escribió, en el Siglo de Oro, el desinteresado soneto de *«No me mueve Señor para quererte/ el cielo que me tienes prometido/ ni me mueve el infierno tan temido para dejar por eso de ofenderte.../ Muéveme el verte clavado en una cruz y escarnecido...»*

Mover es un verbo de movimiento, efectivamente, de *pasos* y *estaciones* como las del víacrucis, pero a la vez es conmoverse, emocionarse por la religión que hemos recibido como un don del Espíritu.

Me alegro de que me haya tocado a mí una parte, al menos, de esa tarta.

